



La Semana Gráfica

2

Sevilla

30 cts.

Biblioteca Nacional de España

Periódicos, Obras de lujo y
Revistas ilustradas.

TRABAJO COMERCIALES DE TODAS CLASES

Prontitud y Esmero.

IMPRENTA BERGALI

ÚNICA CASA EN SEVILLA QUE IMPRIME
OBRAS DE MÚSICA.



AMOR DE DIOS, núm. 33

Teléfono 827

La Semana Gráfica

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

AMOR DE DIOS, 33.—SEVILLA

ASPECTOS

○○○○○

¡¡OH, LA CASETA!!

—Pero, Eduarda ¿aquí no se almuerza hoy?

—Mal padre, egoísta. ¿Te atreves a pedir con insulsa el almuerzo, después del disgusto que le has dado a las niñas? No te remuerde la conciencia?

—A mí lo que me remuerde es faltar a mi hora a la oficina. Ya sabes que ha llegado el Director General... ¡Estos altos empleados aprovechan siempre la feria de Abril para sus visitas de inspección!

—No, si después de todo tus hijas y yo vamos a tener la culpa de tu excedencia... ¡Estaría bonito!

—Pero, mujer, yo creo que la cosa no es para tomarlo por lo trágico. Alcanzar este año una caseta era más difícil que conseguir un ascenso y, sin embargo, os conseguí una y en el mejor sitio. ¿Se me puede exigir más?

—¡Que tuvieras amor propio, de padre ofendido! ¿Está ni medio bien que mientras tus hijas se tienen que meter en una caseta de las vieja, las de Redecilla se luzcan en una Bacarisa que quita el hipo? ¿Habla, di, defiéndete?

—¡Huy qué trajín, doña Pepal! Gracias a Dios que vemos montada este año la caseta... Si no fuera por no disgustar a nuestras incontables amistades, ni mi marido ni yo nos dábamos estos malos ratos... Pero como nuestra esfera lo exige... Qué de paseos, cuánto ir y venir con cacharros, con este encargo, con aquel detalle...

—¡Como vivimos esclavas del detalle...! Por cierto que no hemos

podido evitar algunas deficiencias, y eso que Isidrin, el pretendiente de Elisita, nos ha quitado muchos golpes con sus iniciativas...

—¡Como estudia para perito mecánico... Ya usted ve, para abreviar los viajes del carrillo de manos que traía los muebles, se le ocurrió decirle al mozo que se viniese por la ronda, para aprovechar los railes del tranvía... Es una ocurrencia tonta, me dirá usted, pero nos ahorramos más de media hora de alquiler. Y así todo.

—Y lo del piano ¿lo arregló también Isidrin, doña Eduarda?

—Lo del piano trae cola. A quien se le diga que en Sevilla no hemos encontrado un piano de arriendo, no lo cree.

—Seguramente.

—Pues, así es. Estamos esperando que a la señora del principal se le alivie la neuralgia que padece, para pedirle que nos preste su Eolan.

Y en último caso, como Isidrin domina el triángulo, él acompañará todos los bailes y resolverá el problema.

Lo esencial es, que nuestra caseta dije puesto el mingo en la Feria. Ya que nos sacrificamos por nuestras hijas... ¿Verdad, doña Pepa?

—Razón tiene usted, D.^a Eduarda.

—¿Qué hora es, Atanasio?

—Debe ser muy tarde porque hace un buen rato que han apagado todo el alumbrado y en la caseta del Ateneo no se advierte animación...

—Han echado las cortinas del Círculo?

—Desde aquí no se ve bien, pero me temo que sí.

—Pues entonces, vamos a recoger las niñas, y regresaremos a casa.

—Suspirando estaba porque llegase este momento. ¡Qué cuatro días de cansancio! Y luego, para qué. ¿Quién se ha dignado visitarnos? ¿Tú has visto, Eduarda, una caseta más solitaria que la nuestra? Ni nuestras niñas han parado aquí un instante...

—La culpa es tuya y sólo tuya. ¡Como una no puede estar en todo! Hemos debido enviar invitaciones personales, y contratar un sexteto, y traer provisiones en abundancia... Ya tú ves en la caseta de Bermúdez, hasta el chocolate del desayuno lo han servido con jamón.

—Pues aquí las cuatro botellas de marca que apartamos para los compromisos están intactas...

—Menos mal. Porque a lo mejor se cuela una familia de estas gorrondas del quiero y no puedo, de esas que vienen a la Feria a servirse de las que tenemos caseta... y arramplan con todo.

—Sí, pero no me negarás el ridículo...

—¿Ridículo dices? Pero qué concepto tienes tú de la vida de sociedad? ¿Es que crees todavía que podíamos prescindir nosotros, fijate bien, nosotros de poner caseta?

—Yo lo que creo y seguiré creyendo...

—Discursos, no, Atanasio. Apaga la luz, recoge los palillos de las niñas y los restos del queso con que nos obsequió tu hermano y vámonos para casa. Ya verás tú como el año que viene, que estaré yo en todo, no pasará esto, y nuestra caseta será el número uno, la caseta preferida de la Feria.

J. ALARCÓN DÍAZ.

GENTE, EXTRAÑA

•••••

El hombre harapiento que tenía dos ópalos.

Fué en el anochecer sevillano de un día abrilero.

Caminábamos por el puerto: Las luces del Puente de Triana rielaban sobre las aguas mansas del Betis.

Los focos azulinos que alumbran el atracadero, proyectaban sobre las embarcaciones, fantásticos efectos de luz.

El lucero vespertino, brillante e inquieto, anunciaba la proximidad de la noche.

Palideces de muerte,—últimos destellos del Sol que se iba—contrastaban con el color rojo y gualda de la bandera que ondeaba en los palos mayores de los barcos...

Había un exquisito olor a azahar que removía todos los escondidos sentimentalismos del alma. Lanzaban al espacio sus trinos los ruiseñores como última oración al Sol que moría. Acudían al corazón los recuerdos gratos y románticos que en un lejano día nos hicieron felices...

De pronto, vimos ante nuestros ojos una estrambótica figura que nos pidió «una limosna por el amor de Dios». Era un viejecito de luengas barbas, blancas como palomas; de ojillos chiquitos y brillantes; de chambergo ancho y deformado por el tiempo.

¡Nos interesó la figura del viejo venerable! Le dimos unas monedas, y quisimos bucear en su espíritu, para saber qué guardaba.

—¿Sois de aquí, señor?—preguntamos respetuosos.

Miró receloso, el viejo, dudando de contestar a un desconocido; mas al observar que mis ojos se clavaban en los suyos, dulce-mente, contestó con lentitud:

—No... Soy italiano. Voy por el mundo huyendo del influjo de una mujer.—

Hizo un movimiento de huida. Le detuve, y echándole un brazo por la espalda, le dije con ternura, no disimulada:

—Yo, quiero ser su amigo.

¡Bebamos unas copas a su salud!

Y el viejo de las luengas barbas aceptó mi invitación...

Y en la penumbra de un reser-

vado, confidencialmente, me contó una historia de amor y dolor...

••

—Señor, yo era poeta y amaba la belleza sobre todas las cosas. En el ritmo de mis versos ponía todas las vibraciones de mi alma, y fui célebre allá en la poética Venecia de mis sueños. Viví una vida de príncipe. Las mujeres me adoraban, por la vanidad de poseer al hombre más que al artista. Ellas supieron de mi carne, pero no de mi corazón. Gusté de todos los placeres, viví momentos trágicos, apuré el cáliz de todos los exotismos que Europa creó.—

Hizo una pausa para recordar y después continuó:

—¡Un día vi a una mujer que parecía un ensueño! ¡No contemplé jamás mujer más bella. Me enamoré como un loco. La seguí por la ciudad con la calentura de un sátiro. Transfigurado de pasión, juré poseerla aunque me costase la vida... Averigüé que era hija de un extraño y absurdo judío, poseedor de valiosas piedras preciosas. Se contaban de él espe-lunzantes historias de misterio y brujería. Decían que sometía a martirios terribles a su hija... para que no dijera dónde guardaba sus tesoros. Que dos hombres que la amaron murieron repentinamente sin que los médicos pudiesen explicar la enfermedad.

¡Nada me detenía en mi camino! Mi pasión era mayor que mis escrúpulos. Rondé su calle en una góndola adornada de flores. Esperé el momento propicio de hablar con ella.

Una noche salió a la ventana. Hablamos. Dije todo mi amor y pude notar que ella me correspondía. A la luz plateada de la luna juramos amarnos eternamente, más allá de la Muerte, como son los amores inmortales. El coloquio lo interrumpió el maldito judío. Vi como se rió sarcástico al verme, mientras hacía cabalísticos signos con la mano derecha.

¡Abreviaré, para no cansarle! Concertamos una fuga. Ella, mi Beatriz,—se deslizó por una cuer-

da hasta llegar a mi góndola. Hui-mos hacia Roma. Allí gozamos los placeres de un intenso amor. Fuimos felices unos días. Beatriz había robado a su padre ¡¡dos ópalos formidables, divinos, maravillosos!!

Una noche, cuando me iba a revelar el secreto de cómo el judío cuidaba y trataba a las perlas para hacerlas más bellas, quedó muerta entre mis brazos tem-blantes de terror y de sorpresa...

Huí, como alma que lleva el Diablo, para evitar complicaciones con la justicia. Desde entonces, no vivo ni duermo.

Inexplicables terrores me invaden durante la noche. Una voluntad, superior a la mía, me obliga a sacar de entre mis harapos los dos ópalos formidables, y al mirarlos con sus irisaciones maravillosas, veo en el fondo la cara divina de mi Beatriz. Por la calle, no puedo mirar a las mujeres ¡¡todas se parecen a ella!!

¡Y huyo de una ciudad a otra, de un país a otro, buscando la paz de mi corazón!

Callamos. Salimos de la taberna. Era noche cerrada, pero serena e iluminada por la luna. Mi acompañante y yo nos fuimos otra vez al puerto. Una vez allí pedí con curiosidad ver los dos magníficos ópalos.

Al pie de un farol el anciano venerable rebuscó nerviosamente en su pecho, y después abriendo la mano vi en la palma ¡¡dos ópalos!! Con la luz del farol, las piedras proyectaron los siete colores del arco iris.

Miré ansioso. No vi cara de mujer en el fondo de aquel manojó de bellezas...

Cuando sali de mi asombro, no había nadie junto a mí. El viejo se había ido. ¿Acaso fué que tuvo celos de que yo me enamorase de los ópalos, que, según él, tenían en el fondo la cara divina de una mujer?...

LÁZARO SOMOZA SILVA.

Sevilla.

GRAN HOTEL
DE ROMA
REFORMADO

Los Claveles Sevillanos.

Son rojos como la sangre que mana a torrentes de las heridas de Nuestro Señor; como las llamas de las hogueras en las noches de San Juan Bendito; como la púrpura de los crepúsculos sangrientos; como el arrebolo del breve pie de la Aurora al pisar los encendidos umbrales del día.

Más llenos de fuego aún que las sofocadas mejillas de las morenas al escuchar un piropo picante, y que las flores de los granados, y que el manantial de sangre hirviente que hizo en el morrillo, al toro bravo, el valiente lidiador, en la fuerte y brillante y espléndida fiesta de la lidia.

Son rojos los claveles sevillanos. En la tarde del Viernes de la Semana Santa, calurosa, perfumada y solemne, cuando esperan en la plaza mayor de la ciudad el paso de las procesiones de penitencia las morenas mujeres de Sevilla, sobre la seda de sus negros cabellos y sobre sus pechos mórvidos, caen las blondas tenues de la negra mantilla prendida graciosa y majamente con ramos de claveles rojos, más aún que el fuego de sus miradas, capaces de encender hogueras en las nieves de los montes.

Y es como, al ver los llameantes claveles sobre sus cabezas, si asistiéramos a una milagrosa fiesta de Pentecostés, y como si en ella se obrase el prodigio de que el fuego de todos los celos y la luz de todas las ideas y el calor de todas las ilusiones, en claveles rojos se hubieran convertido.

En las fiestas de toros y en la Feria, también los engarzan nuestras mujeres, con prendidos en la cabeza y en el pecho, entre las blondas blancas de sus mantillas, encajes de espumas y jazmines y, nardos.

En las fiestas de toros suelen ser también los claveles, tributos al triunfo y testimonios de promesas.

Los claveles que sintieron tan cerca las palpitaciones del corazón de una sevillana y que van a caer a los pies del matador victorioso, significa todo el rendido homenaje del alma apasionada, y va en las rojas flores todo su entusiasmo, su exaltación, sus promesas, su locura, en fin.

Y cuando acaso pasa del pren-

dido de la enamorada al amante, es que el amor ha salido victorioso en la singular batalla, rindiendo por igual a entrambos corazones y sujetándolos con la guirnalda

de flores con que tan dura y fuertemente el Amor hace esclavos.

¡Benditos sean los claveles rojos de Sevilla!

J. MUÑOZ SAN ROMAN.

DE LO SUBLIME A LO RIDÍCULO

El hombre que toca el violón.

¿No es verdad, que casi siempre que ha estado usted en el teatro, ha sentido la necesidad de levantarse del asiento, para decirle al profesor de la orquesta que toca el violón: «¿Oiga, señor, por qué toca usted el violón?»

¿No es verdad, que muchas noches ha tardado usted en coger el sueño, obsesionado, por el deseo de saber por qué «aquél» hombre tocaba el violón?

¡No lo niegue usted! Eso no tiene nada de particular. Eso nos ha ocurrido a todos los que hemos ido al teatro.

El «caso» del hombre que toca el violón ha intrigado, ha preocupado a todo el mundo.

Nosotros no tenemos inconveniente en declararlo públicamente y por eso hoy vamos a ocuparnos del «caso» creyendo que el asunto ha de interesar a los lectores.

¿Por qué, santo Dios, hay hombres que tocan el violón?

Meditando nosotros sobre tan raro caso, no hemos podido dar con la clave del misterio...

Verdad, que se concibe que haya hombres que toquen el piano, el violín, la flauta y hasta el fagot, pero no que toquen el violón?

El pianista, el violinista, el flautista y hasta el organillero, admitimos que hayan aprendido a tocar esos instrumentos enamorados del arte de la música, ¿pero el hombre que toca el violón, de qué arte se pudo enamorar?

Otras veces llegamos a creer que esos hombres tocaban el violón obedeciendo a un plan curativo. Es decir, que tocaban el violón por prescripción médica, para corregir alguna deformidad del cuerpo.

Creíamos que tocaban el violón, como podían llevar el brazo en cabrestillo o tener enyesada una pierna, o llevar un aparato en el cuello para evitar los movi-

mientos violentos de la cabeza...

Otras veces admitimos la posibilidad de que esos hombres fueran unos místicos, que tocaban el violón obedeciendo a una promesa... Es decir, que tocaban el violón como podían ir descalzos llevando la cruz en la cofradía del Gran Poder...

Anoche estábamos en un teatro y ya no pudimos contener por más tiempo nuestra curiosidad, por lo que nos acercamos a la orquesta y encarándonos con «nuestro hombre» le preguntamos: «¿Por qué toca usted el violón?»

Como a nosotros no nos gusta adornarnos con pluma de pavo real, debemos hacer constar que el hombre que toca el violón, al cual interrogamos, no se parece en nada, absolutamente en nada, a los demás hombres que hemos visto tocar ese instrumento.

Es joven y simpático. Es un «chico bien».

Seguramente por eso nos atrevimos a interrogarle. Si hubiera sido el auténtico hombre que toca el violón, no hubiéramos osado en acometer tamaña aventura.

—«¿Por qué toca usted el violón?»...

—«Hombre, es muy sencillo. Por lo mismo que Alcalá Zamora se llama Niceto.»

Confesamos que hemos sufrido una gran decepción...

Es más, creemos que los diputados del grupo de don Niceto Alcalá Zamora deben presentar cuanto antes a las Cortes una proposición de Ley prohibiendo que los padres puedan poner a los catecúmenos nombres como los de Niceto, Pacomio, Sinforoso y Emeterio, y que se castigue severamente a los que obliguen o permitan que sus hijos toquen el violón...

Y basta de música.

ENRIQUE FERIA.

CUENTOS EXTRANJEROS

- - AL REGRESO - -

El apuesto y joven Varlín conoció a la señorita Alice Gray en un campo de *tennis*.

Se enamoró de ella; tenía una figura esbelta, y al inclinarse con elegancia, doblando la cintura flexible para recoger la pelota en la raqueta, su cuerpo daba idea de alguna estatua clásica.

La mirada de Alice Gray expresaba un prodigio de sensibilidad y una vida interior apasionada hasta el delirio.

Varlín consiguió ser compañero de juego de Alice; y entonces empezó un flirteo lleno de alegres promesas, un cambio de coquetuerías, de confidencias y de pequeños reproches, que concluyó en una declaración amorosa en toda regla, hecha al terminar un partido, en un atardecer melancólico de Octubre, mientras el sol poniente daba transparencia al rostro pálido de Alice.

Alice Gray era mayor que Varlín; se había educado a la moderna, había viajado por Oriente y podía contar aventuras interesantes de los países exóticos.

Varlín era un joven de diecinueve años; no había salido de París y sólo podía contar las diabluras que todos los muchachos hacen en los Institutos y en las Facultades.

Varlín escuchaba religiosamente las narraciones de Alice Gray, siempre interesantes, como un folletín. Como todos los narradores, acaso Alice exageraba un poco; pero se veía que era verdad lo que contaba y se adivinaba en su mi-

rada firme y clara, que era capaz de abordar nuevamente los peligros y las escenas violentas, que describía con un lenguaje lleno de calor y movimiento.

Varlín empezó a encontrarse en una situación inferior a la de Alice; él era un hombre, y, sin embargo, no podía demostrar su valor a la señorita Gray más que refiriéndole alguna que otra inocente pelea a coscorrones, con otros muchachos. No podía hablar de cacerías de tigres, de marchas por el desierto, y mucho menos de un naufragio.

Porque Alice «había tenido la fortuna», como decía ella, de encontrarse en un naufragio célebre, en el que murieron setenta personas.

Varlín concibió la idea de viajar, para saber lo que es el mundo y ser digno de la valiente y experimentada Alice Gray. Se lo consultó a un compañero suyo, un buen parisién, amante de los boulevares y asiduo concurrente al «Molín Rouge».

—¡Qué bárbaro eres!—le dijo. ¿Pero dónde vas, criatura? A cojer la fiebre, a derretirte los sesos con el sol, a que te mata un chino o un abisinio, o a que te divida un tigre. Pero si eso ya ha pasado de moda...

Varlín no se convenció y le pareció ver en su compañero un aburguesamiento de poco fruto. Después se lo consultó a Alice Gray, que le dijo:

—Me alegro que me hayas dicho lo que yo iba a decirte. Si; debes viajar por Oriente para conocer aquella vida misteriosa, llena de luchas y atractivos. De otro modo, nuestra unión sería ridícula; necesitas haber experimentado casi tantas cosas como yo. Ahora, eso del naufragio... ya eso es cuestión de suerte.

Varlín, después de vencer la resistencia de sus padres y de sufrir la burla de sus amigos, lo dispuso todo para el viaje.

El día de la partida, Alice y Varlín se besaron apasionadamente, y él le dijo, lleno de emoción:

—Adiós; cuando vuelva, nos casaremos, serás mi linda mujercita.

Pasaron los años. Varlín conoció todas las fatigas y peligros

que le contaba Alice, cuya figura se le aparecía constantemente, ya en su actitud elegante, inclinada, recogiendo la pelota en la raqueta, ya cuando sus ojos brillaban narrando un peligro. Por fin, cuando supo de todos los exotismos, regresó a París.

El mismo día de su llegada, tuvo lugar la comida de bienvenida.

La madre de Varlín le tenía preparada a su hijo una discreta sorpresa.

Cuando después de comer, Varlín charlaba con unos y con otros, vió venir hacia él a su madre, acompañada de una mujer joven, pero ya algo obesa, y como avergonzada.

Al ver la actitud indecisa de Varlín, le dijo su madre:

—¿No te acuerdas ya de...?

Varlín no dejó germinar a su madre, y, golpeándose la frente dijo:

—¡Ya lo creo!

Es que no caí al pronto... Perdóneme usted, señorita Cecilia Bourdöl.

—No; señorita Alice Gray—corrigió la joven con una sonrisa llena de melancolía.

PIERRE MAC-ORLAN.

(Traducción de L. C. Mariani)

SE ADMITE COLABORACIÓN RETRIBUIDA, PERO NO SE DEVUELVEN ORIGINALES NI SE SOSTIENE CORRESPONDENCIA SOBRE LOS RECIBIDOS.

Gran Sastrería
CASA SUBIRÁ

O'DONNELL, 30 y 32

SEVILLA

Dr. Castilla Calvo

CONSULTORIO

MÉDICO-QUIRÚRGICO

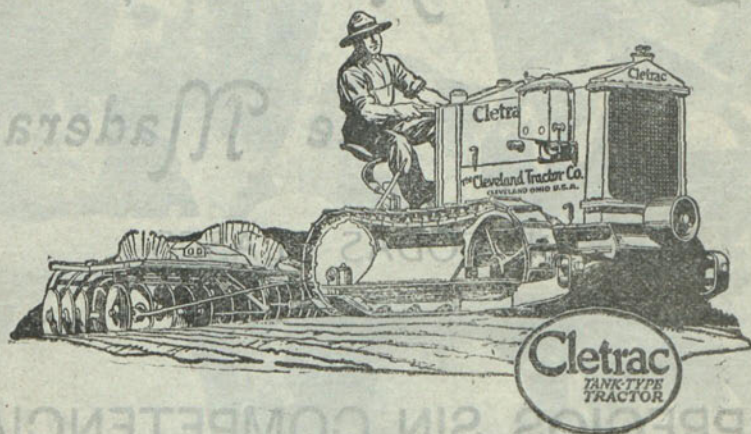
CONSULTA

DE 1 A 3 Y DE 8 A 9

FERIA, 157.-SEVILLA

Tractor CLETRAC

20 HP. en el motor y 12 HP. en
:-: la barra de tracción :-:



Único tractor sin competencia para labrar en olivares.
Único tractor sin competencia que no apelmaza el terreno.
Tira de sembradora y segadora y puede emplearse fácilmente como máquina fija.

:-: Entrega inmediata :-:

SALON EXPOSICION
CAMPANA. PLAZA DEL DUQUE.

RICARDO MAGDALENA Y COMP.^A

Grandes Almacenes
de Maderas

DE TODAS CLASES

PRECIOS SIN COMPETENCIA

CONTRATOS DE OBRAS PARTICULARES

ESCRITORIO:

ZARAGOZA, NÚM. 28

TELÉFONO 1.232

INFORMACIÓN GRÁFICA



He aquí una mujer sevillana, manojó de bellezas, reflejo del alma y de los sentimientos de la raza, contemplando la típica fiesta de sangre, oro y sol.

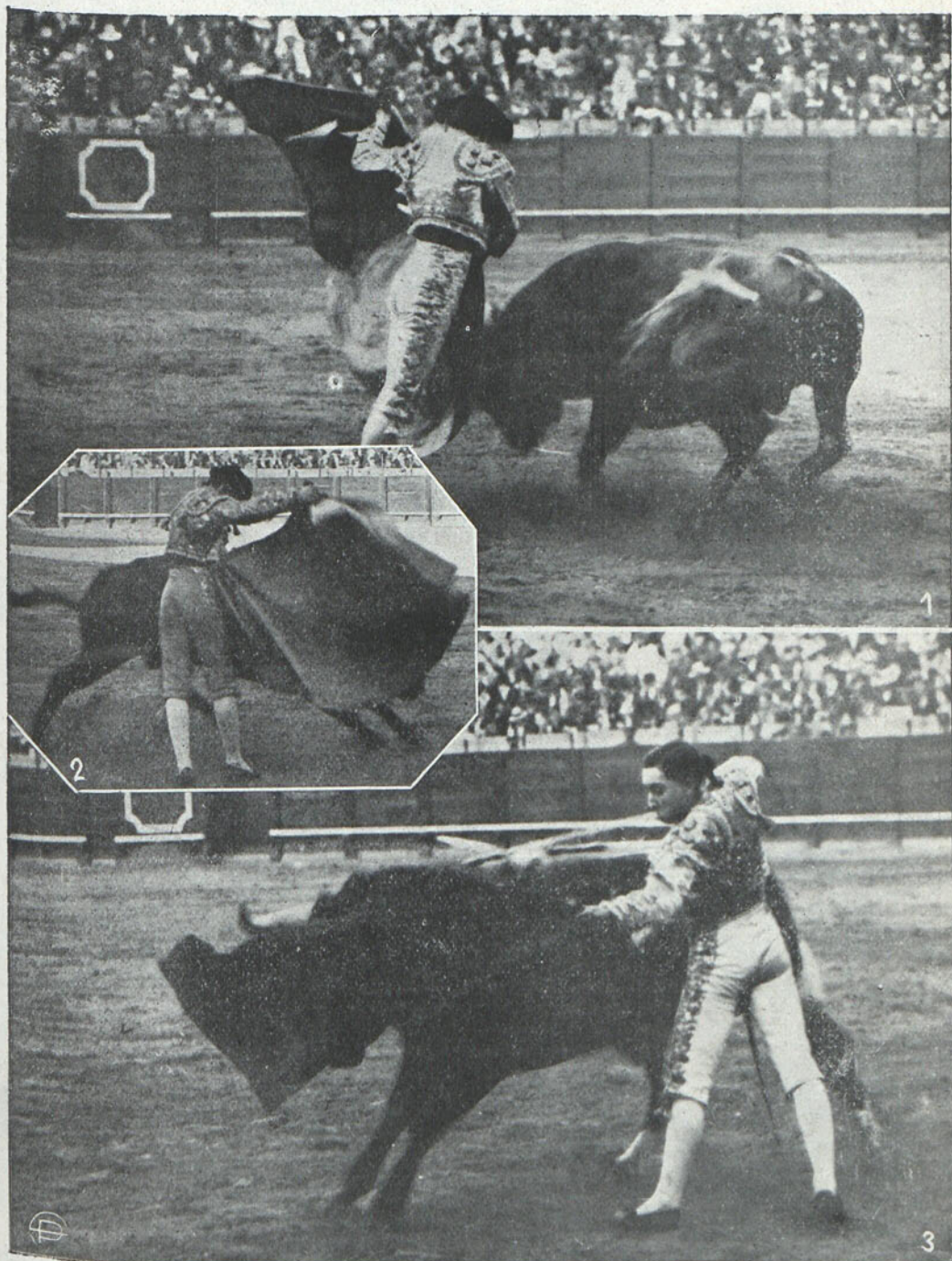
De las corridas de Feria de Sevilla



- (1) Media verónica de Belmonte.—(3) La bellísima canzonetista Paquita Escribano.—
(2) Un alarde de valor de Juan.—(4) Manolito Belmonte desafiando a un toro de Rincón en la corrida del domingo.—(5) Belmonte cuando era trasladado a la enfermería.

Fots. Serrano.

De las corridas de Feria de Sevilla



Nuestro redactor ha sorprendido en estos gráficos tres momentos del torero artista Manuel Jiménez Chicuelo.

Fots. Serrano.

Concurso Hípico Militar en Sevilla



Diferentes aspectos de las brillantes fiestas hípcas celebradas en el cortijo de Pineda, las cuales fueron honradas con la asistencia de S. A. R. el infante don Carlos de Borbón, capitán general de Andalucía.

Fots. Serrano.

Notas de

la Feria



Un bouquet de rosas de pitimini.—SS. AA. los Infantes rindiendo culto a la tradición.
En "familia".—Un grupo de gentiles amazonas.—Vista general
del mercado.

Fots. Serrano.



1



2



3

(1) Velada celebrada por la Real Academia de la Historia para conmemorar el CLXXXIII de su fundación. (2) Conferencia de don Rafael Altamira en el Centro Instructivo Comercial. (3) Boda de la bella señorita Cristina Borbón, hermana de los Duques de Dúrcal, con Mr. Vau Vollenhovew, ex-embajador de Holanda en España.



- (1) El famoso boxeador Carpentier a su llegada a Madrid rodeado de varios admiradores, entre los que están la tiple Julita Fons y la bailarina Rosarito Calzado.
 (2) S. A. R. la Infanta doña Isabel en su visita a la Exposición del material de guerra empleado por los alemanes en la gran guerra.



- (1) Los soldados reclutas del Regimiento de infantería de León en el solemne acto de la jura de bandera. (2) El Generalísimo italiano Díaz, acompañado del Embajador de Italia, al salir de la Estación de las Delicias a su llegada a Madrid.

POR LOS NIÑOS Y PARA LOS NIÑOS.-LA FIESTA DEL CLAVEL



Sevilla. Grupos de los asistentes al baile del Clavel celebrado a beneficio del Consultorio de niños de pecho en la caseta que en el Real de la Feria tiene establecida la aristocrática sociedad "Casino Sevillano"

Fots. Serrano.

LO MEJOR DE ESTA FERIA

Flores bellas y galanas
por nuestra Feria han lucido;
mas las mejores han sido
las mujeres sevillanas.



La más linda flor no iguala
a las hijas de este suelo:
fijáos en esta escala
que conduce a la antesala
para subir hasta el cielo.



Los perfumes
marca
ÁNFORA
son los preferidos
por las mujeres
elegantes.

HELIOS

INSTITUTO
ESPAÑOL
SEVILLA

Homenaje a un Catedrático en Cádiz



Cádiz.--Los Alumnos de Medicina legal que han obsequiado con un banquete a su Catedrático don Celestino Párraga.

Fot. M. Iglesia.



Sevilla.--El Capitán General, S. A. R. el Infante Don Carlos, al llegar a la Basílica para asistir a los solemnes funerales celebrados en sufragio del alma del señor Dato.

Fot. Serrano.

Miscelánea gráfica de Sevilla



Grupo de los concurrentes al banquete celebrado en Eritaña, para celebrar el ascenso a Magistrado de la Audiencia de Jaén de X don José Gómez Angel.



Paco Alba, el entusiasta sporman, cuyo fallecimiento ha producido gran sentimiento.



(1) El inspector del Trabajo Sr. Ollero que ha dado una conferencia en la Unión de Empleados de Escritorio, sobre "Retiros Obreros", acompañado del (2) Gobernador Civil y del Presidente de la citada entidad señor Gamero (3).



Una escena del drama "Carmen" estrenado con gran éxito en el Teatro San Fernando.

NUESTRA INTERVIU

JOAQUÍN MONTANER EN SEVILLA

NO ES CATALÁN.—PERIODISTA DESDE LOS TRECE AÑOS.—EL TEATRO LÍRICO.
—“CARMEN” NO ES ESPAÑOLA.—POETA SOBRE TODAS LAS COSAS.

Cuando un compañero, en las rudas tareas del periodismo, logra la gloria del dramaturgo, del novelista o del poeta, el periodista se alegra infinitamente y toma aquella vida como un estímulo. Así ocurre con don Joaquín Montaner.

Juzgando que con un periodista tan ilustre, triunfador en el teatro y en la poesía, sería interesante una interviu, fuimos a verle.

Están muy recientes sus admirables crónicas de *El Sol* enviadas desde Barcelona. De estilo sobrio, nervioso, su prosa hiere el espíritu del lector, le impresiona y convence, con la fuerza dominadora de la dialéctica.

Me acompañaba Martínez de León, que estaba encargado de hacerle un dibujo a Montaner, que, como todos los suyos, será genial.

Pasamos nuestras tarjetas y esperamos unos momentos en el elegante «hall» del Hotel Inglaterra.

No tardó mucho tiempo en aparecer el autor de «Carmen».

Joaquín Montaner es alto, recio, moreno. Usa unos descomunales quedados con montura de nácar. Parece un norteamericano fino y metódico. Viste elegantemente y a primera vista se nota en él al hombre espiritual, al artista, entregado en los ratos de descanso a la obra serena y augusta de expresar en versos la emoción o retratar pasiones en el difícil arte de Sófocles.

Al decirles nuestros propósitos, se excusa con frases sinceras de modestia. Insistimos, y accede a ser confesado.

Martínez de León se sitúa frente a él para trabajar. Yo, empiezo mi interrogatorio.

—¿Es usted catalán?

—No, señor. Soy extremeño, como mis padres, pero me he criado en Cataluña y en ella co-

mencé mi vida periodística y literaria.

—¿Desde cuándo es periodista?

—Desde los trece años. A los diez y seis estrené un drama en cinco actos y ¡en verso! titulado «El Ilustre Don Beltrán». Escribía en los periódicos, lo que puede escribirse a esa edad, pero

—No. Allí luchamos libremente, no nos molesta nadie. Reconcentrados en el estudio o en la obra, no podemos ocuparnos de otras cosas.

—¿Y cómo, siendo extremeño, todo el mundo le cree catalán?

—¡Ah! porque sobre el hombre influye mucho el ambiente. En mis obras de poeta estoy influenciado por los vates catalanes. Yo acudí puntualmente, mientras vivió, a la tertulia de Margall. Me saturé con sus sentimientos. Tengo escritos cinco libros de poesías y unas cuantas obras de teatro y me creen catalán, porque no puedo desterrar el acento de mi conversación.

El señor Montaner, en efecto, tiene un acento catalán muy pronunciado. Es sobrio de palabra y dice lo que quiere decir, solamente.

Hay una pausa discreta y el Sr. Montaner nos obsequia con elegantes cigarrillos egipcios.

Después le seguimos interrogando.

—¿Cómo nació en el señor Vilarégut y en usted la idea de adaptar a la escena española la obra de Merimée?

—Verá usted. Merimée era un viajero curioso, a quien le contaron la historia de «Carmen». Tomó notas de ella y después hizo un cuento largo, sin enamorarse de su argumento, de su acción, pues si no en vez de escribir una novela de ochenta y nueve páginas, habría contenido un libro de doscientas. Quiero decir con esto, que Merimée no soñó el tipo de «Carmen», sino que alguien que sabía que era un hispanófilo entusiasta, le contó la historia para que la novelara. Nosotros concebimos la idea de llevarla a la realidad del teatro. Para dar al drama el ambiente de la época y el color local, acudimos a la crónica, a la historia de los sucesos. No queríamos hacer una



Retrato a pluma de Joaquín Montaner, por Martínez de León.

mis inclinaciones estaban bien definidas, y me dediqué con todo ardor y voluntad al periodismo. He pertenecido a las redacciones de todos los periódicos de Barcelona. Allí se trabaja intensamente. No se pierde el tiempo en tertulias de café o en cenáculos literarios. Se hace labor y se triunfa o se fracasa, pero se actúa con una actividad sin precedentes.

—Y dígame, ¿en la lucha no se tropieza con dificultades puestas por los egoísmos de los luchadores?

españolada. Eso es un crimen.

En Alemania se ha representado «Carmen» y mal traducidas las costumbres, han salido los banderilleros con banderitas españolas y el matador con un almohadón y encima una espada. Nosotros hemos estudiado concienzudamente la época, hemos recurrido a los lienzos de Goya, para vestir a nuestros personajes; hemos querido huir de todo lo que pudiera ser fantasía, para no caer en el pecado de convencionalismo teatral, y para ello retrasamos un poco la acción.

—¿Y han querido ustedes retratar en «Carmen» el alma andaluza?

—No. «Carmen» no es andaluza. Las gitanas no son de ninguna parte. Son una casta y una raza sin patria. Don José es español, y los bandidos y los toreros. «Carmen» no. Ama, como aman las gitanas, con pasión infinita, con un poco de fatalismo. El alma andaluza podría estar en una cigarrera, pero no en «Carmen», gitana.

—Y la crítica sevillana, ¿qué le ha parecido?

—Algo indecisa. Se comprende. Yo he sido crítico de teatros en Barcelona. Se tiene miedo a la crítica de Madrid. Y claro está, no hacen una crítica definitiva, para no equivocarse.

—¿Y el público sevillano?

El señor Montaner me mira receloso y cauto, antes da contestar. Después, y sin dejar de mirarme, contesta:

—Bien. No mira con buenos ojos el estudio de sus costumbres. No transige con las observaciones que hacen los dramaturgos de su manera de vivir y de sentir. Sin embargo, yo estoy muy contento de su acogida. Hay un defecto, y es que la mayoría de los espectadores no conocen la novela de Merimée. Los intelectuales y los críticos, que están obligados a ser cultos, saben mejor, más comprensivamente, el esfuerzo ejecutado por nosotros.

—Su devoción ¿es el teatro?

—Sí, el teatro lírico. Hasta ahora no he hecho nada más que ensayos. Pienso laborar mucho para hacer teatro lírico.

—¿Y no cree usted que los que lo cultivaron, no hicieron nada definitivo?

—Marquina, sí. Ahí están «Las Hijas del Cid». Marquina es un

formidable poeta. Tiene un gran defecto y es que se ha dedicado a hacer obras para la compañía Guerrero solamente. Y no es eso. Hay que hacer obras para todos los cómicos.

—El público ha acogido con frialdad el teatro lírico de nuestros autores.

—Naturalmente. Como que se han preocupado de hacer versos olvidando la técnica teatral. Al

hondo y arraigado en el espíritu del señor Montaner, que es motivo de lucha intensa en la política, una política que hace daño a España, que podrá estar llena de culpas pero lo está también de amores hacia todos sus hijos.

«Carmen» que no quiere ser una españolada, nos releva de hacer otros juicios que no tratándose del señor Montaner, serían acres y frios.



Escena final de la obra «Carmen», recogida en toda su intensidad por nuestro dibujante.

público hay que darle emoción, y dándosela responderá siempre con el aplauso.

—¿Y «Carmen», va a Madrid?

—No. Antes se estrenará en Córdoba y luego en Madrid.

—¿Estará usted muchos días en Sevilla?

—Sí, porque viene Marquina a Sevilla a leerle a Margarita un drama titulado «La Extraña», y ya me quedaré aquí, para marcharnos juntos. No deje Vd. de decir que yo no he querido hacer una españolada, sino un drama de pasión, dolor y sangre muy español, porque así somos los meridionales.—

Se lo prometimos al autor de «Carmen». Hemos notado en él un deseo grande de demostrar que no es un escritor supeditado a la influencia de un regionalismo apasionado, sino el artista que quiere y desea ser universal.

Sin embargo, hemos cogido al vuelo una frase, que seguramente es costumbre decirle en Cataluña.

El señor Montaner al hablar de sus luchas en el campo del periodismo, de su voluntad para laborar en la política siempre en un plano de izquierdismo, dice: «en mi país...»

No es posible creer que esto sea el reflejo de su sentimiento

Nos merece un gran respeto literario el señor Montaner y por eso no nos aventuramos a emitir juicios que pudieran herir su susceptibilidad. Por otra parte, en nuestra conversación hemos visto que ha tenido frases de elogio para Sevilla y creemos en su sinceridad, en su amor a España, que es el país de todos.

Hablamos un rato más con Joaquín Montaner, que es un gran conversador, ameno y cultísimo. Nos dijo muchas cosas más, muy interesantes, que no consignamos por falta de espacio.

Hizo elogios calurosos de Sevilla. Admiró, con frases muy gráficas, los apuntes que Martínez de León ha hecho de los personajes de «Carmen» con destino a «El Sol».

Y nos despedimos del gran periodista, muy agradecidos a su gentileza y amabilidad.

Por la calle de Barcelona, desembocaron a la Plaza de San Fernando unas bellísimas cigarreras, llenas de gracia, alegres y bonitas, y al verlas le dimos la razón al señor Montaner.

«Carmen» no es el alma andaluza, «Carmen» pertenece a otra casta, a otra raza, llena de fatalismo, nómada e inquieta...

PEPE CLARÍN.



Las últimas reuniones mundanas han consagrado el éxito de la capa, que se lleva larga mejor que corta, oscuras o claras, formando conjunto con la robe, adornada con los mismos bordados y hecha de la misma tela. En el marco redondo se ven tres elegantes modelos: falda con pliegue, chaquetita recta de un solo color y cuadrillado como se ve; capa con una espalda elegantemente adornada y un precioso efecto de cuello fruncido, unido por los bordes. En el marco cuadrado, se ve un cuello bordado por el derecho y por el revés que forma un elegante chaleco terminado en un pompon y al lado una robe de satén negro fruncido sobre las caderas. De las figuras sueltas, la de la parte superior es una capa de forma sastre y la de la parte inferior es una capa fruncida con un cuellecito flexible. Las dos van bordadas con motivos pintorescos.

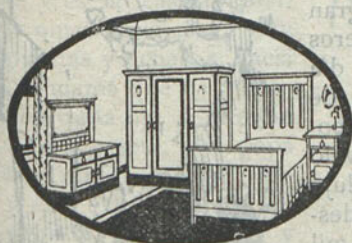
JOYERÍA DALMÁS

Últimas novedades en joyas. Nuevos modelos en pulseras de perlitas. Exposición de objetos de plata. Construcción y restauración de joyas

CAMPANA, 7.

SEVILLA.

Bazar de Muebles de todas clases



PRECIOS DE FÁBRICA

Extenso surtido en Dormitorios, Comedores, Sillerías de Junco y Rejilla

MANUEL TEJERO, S. en C.

Camas de campaña, Colchones metálicos de borra, lana y miraguano. Tapicería.

PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN, 5.

SEVILLA



Sastrería Militar

FERMIN ALFARO

SANTA MARÍA LA BLANCA, 62

Y MENÉNDEZ PELAYO, 3

(frente al Cuartel de Caballería)

Uniformes para Casinos
y Centros Oficiales.

Equipos completos para la Guardia Civil,
Carabineros y Soldados de Cuota.



¡¡AUTOMOVILISTAS!!

Cubiertas, cámaras MICHELIN, DUNLOP y FISK. ACCESORIOS DE TODAS CLASES.
PRECIOS EXCEPCIONALES

Plaza del Salvador, 12 y Álvarez Quintero, 1

PAISAJES DE ABANICO

ooooo

De la vieja feria en el pueblo.

Feria arriba, se van viendo oscilar las banderitas pequeñas, brillar los farolillos de colores, temblar las luces, agitarse las gentes en el interior de las casetas. Alguna vez, en un trozo de feria, nos parece ver el festejo de tradición en los pueblos chicos. ¡Ah, los que visteis y vivisteis de jóvenes las ferias de

música, que son sólo tres hombres, quienes conocemos y nombramos... ¡Y en medio de esto, el grupo inmenso de gente, que es de lejos un bulo negro inmenso; las mujeres, un poco rústicas siempre, con las flores en el pelo y el vestido rosa y chillón...!

Han puesto, por orden del señor Alcalde, unas bombillas verdes y rojas, que los chicos vimos pintar, con gran curiosidad, a unos obreros llegados de la capital, un día antes; y como la pobreza de la iluminación impone - pobreza mayor aún por el velo de pintura que viste de lujo las bombillas - la feria, es desde lejos sólo un rumor de mil conversaciones en voz baja; tiene el encanto del secreto y del rito. Parece que se confiesan y parece que rezan.

A un lado, como única nota de luz, está, amplia y levantada, la caseta de los señores; los chicos juntamos la cabeza a la madera de la baranda, a la que subimos trabajosamente, y miramos los trajes deslumbrantes, que nos hacen pensar en los cuentos. Y las caras deliciosas, en las que no sabemos encontrar faltas, como no sabemos ver lo cursi en los vestidos. ¡Nunca los habíamos visto mejores!

Ya no esperamos la feria como entonces y, para recordar estas impresiones, tenemos que mirar a los tiempos de niños, cuando sabíamos reírnos de corazón y no teníamos motivo de llorar.

Alrededor de la caseta deslumbrante, se formaba el

público en cuadro, y miraban bailar las sevillanas, ¡y el rigodón!.. Que también había llegado hasta allí este baile fino...

Nosotros seguíamos con curiosidad los movimientos, y a compás de los mayores, aplaudimos al terminar las sevillanas. Sólo cuando bailaban nuestras hermanas, y las veíamos tan deslumbrantes con sus trajes y lazos de colores, nos poníamos muy serios, y muy orgullosos, y conscientes del pudor fami-



los pueblos! Aquella confusión de baracones, los circos forjados en tres horas, merced a unas tablas mal unidas, y a unos trozos de sacos, cosidos peor; los puestos de dulces y de juguetes, con las luces pobres de aceite; el alumbrado débil, que dió el Ayuntamiento, los puestos donde fríen buñuelos las gitanas, los «caballitos», con todo su aparato ruinoso y viejo, que danzan a compás del «pianill», la banda de

liar, nos absteníamos de aplaudir. Hubiéramos dicho que hacíamos de claque, y eso, en el pueblo, podía no estar bien...

La caseta, y el vino, y la luz, y la feria.

Parece como que Sevilla se fué de jira, y levantó sus casas de campaña, y preparó su estancia, y organizó sus fiestas.

La calle de la feria, bordeada de casetas y luces, se ríe.

Dentro de las casillas se ro de cierta clase de bauti bebe, se canta y se baila. zos. Animación, y luz, y vino, y cuerpos de mujeres remata dos en peinas y mantillas.

Allá va, atropellándose, la gente que viene de los toros; acá se forma la reunión que no necesita más que una mesa y una buena botella; más allá, la familia: la mujer que se cuelga del brazo del marido: los niños que saltan y se caen: y el papá, que va negro.

La feria tiene un lado de liciosamente risible, graciosísimo, y es la caseta cursi: allí las niñas de la casa, muy perispuestas y echadas hacia atrás; la mamá que da órdenes y no quita ojo a ningún punto de la caseta, y el papá que sabe que ha bebido mucho, y está el pobre muy serio, pegado a un rincón y haciéndose el distraído.

En estas casetas la noche adornados, muy tiesos, como es una juerga de bautizo; pesi el traje flamante fue a de



H. de León

cartón; llevan alfiler de corbata y botas que chillan, una sortija falsa, que meten a los demás por los ojos, y un puero con la faja puesta. Todos pertenecen a una misma clasificación y a un mismo gremio.

Cada uno sabe hacer su habilidad, y cuando ya han bebido unos vasos, bailan, y cantan, y hacen el gallo, el ruido de la olla, tapada y sin tapar, el llanto del niño de pecho, imitan artistas, con mucha propiedad, y cantan al piano. Estos muchachos, a quienes todos conocemos, son siempre muy habilidosos y graciosísimos.

Después de lucir sus habilidades, han bebido demasiado, y entonces devuelven en público.

Y con la cara blanca, y el cuerpo como un látigo, se dejan llevar por los amigos, haciendo mucha gracia.

ABELARDO L. CANSINO.

POEMA DE LA ALAMEDA DE HÉRCULES A LA CAÍDA DE LA TRDE.

A esta hora acude aquí todo lo perverso, limpio, purificado por la melancolía crepuscular.

Cuando atardece, la Alameda adquiere toda su importancia sentimental. Es entonces cuando aparece con sus siluetas desvaídas en el color oscuro y profundo de la tarde. Con sus puestos de cerveza recién preparados, recién regados, como salubrificadores y dispuestos. Con sus mujeres serias, de atavíos equivocados, de elegancias tristes. Con sus flamenquitos de botines y pañolín al cuello. Tipitos jóvenes presumidos, chulaponamente elegantísimos, con esos ternos cortados al inconfundible estilo de... *torería aspirante.*

Todos los que tienen vidas oscuras, de buhos laboriosos o de buhos parásitos, vienen aquí a esta hora, cruzan, pasean, o toman puesto en las sillas despararramadas de las neverías o en los bancos públicos de la Alameda.

Y la Alameda parece que a todos acoge con un gesto triste y amplio,

Para todos tiene o una sonrisa grave y lejana o un consuelo de paz purificadora o una lágrima oculta que gotea la grata hiel de sentir sobre las almas cansadas o arrepentidas...

En derredor, las casas de pisos lejanas. Cualquier ventana, algún balcón, lloriquea en la distancia la murria callada de una lucecilla prematura.

¿Qué ser extraño, ojeroso y amarillo como los cadáveres, se levanta de dormir ahora... que llevan ya de vida muchas horas los demás?...

¿Qué ser caído, hundido, fatigado y triste, con la pálida frente untuosa aún del veneno de las madrugadas, enciende ahora su luz y resucita en su alcoba?

¿Cuál misterio pequeñito alrededor de aquella luz que «está tan triste», tan triste en medio del silencio y del vacío?...

¿Silencio? No. Todo llora y gime, quizás, ahogando su pena. Se siente el corazón de la tarde que muere en una languidez infinita. Se siente palpitante la vida

de las vidas, a compás, en el lloro unánime, en el escepticismo de todos, en la angustia del Universo.

¡Oh los cielos, qué altos y qué tristes deshaciéndose en negro sobre las columnas famosas. Las columnas de Hércules, a cuyo final los símbolos fuertes alzan sus musculosas figuras de piedra.

¡Las columnas estas! que se quedarán después, cuando todo se lo haya tragado la Noche, a solas con la Luna boba, que parece mirar y mirar con mucha atención cuanto ocurre aquí abajo sin comprender nada...

¡Oh, Alameda sevillana, ahora saturada del vespertino!

Sobre ti flotan todos los símbolos. En ti, a esta hora única, abate su vuelo, un alma deslumbrada de la inabarcable locura del soñar. Ella tiene también, en lo ancho de su desolación, como dos columnas básicas que sostienen su vida. A su final, elevan al cielo sus gestos soberbios la Ambición y la Pena. Y son como esos dos símbolos de Hércules, sobre los que cae la atenta mirada de las estrellas... esos agujeritos temblorosos por los que se filtra el Sol.

F. COVES.

COLEGIO
— DE —
SAN FRANCISCO DE PAULA



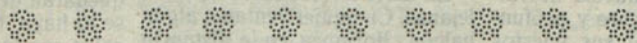
1.^a y 2.^a Enseñanza.

Estudios de Facultad.

Carreras especiales.



15, ALCAZARES, 15
SEVILLA



FUNDICIÓN DE SAN ANTONIO
GRANDES TALLERES. - (SOCIEDAD ANÓNIMA)
(CASA FUNDADA EN 1840)
SEVILLA

ESPECIALIDADES

CONSTRUCCIONES METÁLICAS Y MECÁNICAS :: INSTALACIONES
ACEITERAS MODERNAS :: CERRAJERÍA ARTÍSTICA :: FUNDICIÓN ACERADA

Esta casa construye toda clase de cerrajería artística de estilo español antiguo para el gran TEATRO CERVANTES DE BUENOS AIRES, que edifican los eminentes artistas
 :: :: MARÍA GUERRERO Y FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA :: ::

FARMACIA
ECONÓMICA
 DE
G. ESCOLAR

ENCARNACIÓN, 34
 Y COLISEO, 2.-SEVILLA



PEDRO ROLDÁN

Sastrería. Camisería. Almacenes de Ropas confeccionadas

PLAZA DEL PAN, 3
 Y LINEROS, 17 Y 19

SEVILLA

TELÉFONO 893

En obsequio a la mayor perfección de nuestra información gráfica, rogamos encarecidamente a cuantos tengan noticias de la celebración de un acto de interés informativo, cuyo conocimiento no haya trascendido al público, tengan la bondad de avisarlo a esta redacción, Amor de Dios, número 33, Teléfono 827.—Sevilla.



POSTALES DE ACTUALIDAD
Fotografías SERRANO
SIERPES, 13

ANUNCIOS POR PALABRAS

La conveniencia de esta sección y los grandes beneficios que reportan al anunciante y al público son indiscutibles, pues aquél, por poco dinero, obtiene una eficacísima propaganda de sus mercancías, y el lector encuentra en ella siempre ofertas ventajosas. Dedicaremos parte de estos anuncios a publicar la correspondencia que se nos remita y que a juicio de la dirección puedan serlo.

Precio por palabra y por inserción: DIEZ céntimos.

- Anuncios.**—Los más eficaces, los de LA SEMANA GRÁFICA, Amor de Dios, 33.
- Almacenes de madera.**—Ricardo Magdalena y Compañía, Zaragoza, número 78—Teléfono 1232.
- Manuel Ríos Sarmientos—Plaza de Argüelles, 23.
- Almacenes de ropas confeccionadas.**—Pedro Roldán—Plaza del Pan, 3.
- Automóviles.**—Cubiertas y cámaras. Bandajes macizos Dunlop.—Andalucía Automóvil, S. A. Sucesores de García Junco hermanos, Adriano, 1 y 7.
- Cubiertas, cámaras y accesorios. Plaza del Salvador, 12 y Alvarez Quintero, 1.
- Comidas.**—Restaurant Bolinche. Federico de Castro, 13.
- Construcciones.**—Ricardo Magdalena y Compañía. Zaragoza, número 78—Teléfono, 1232.
- Fundición.**—San Antonio, S. A.
- Fotogramados.**—Pedro Sánchez, Hiniesta, 29.
- Hospedajes.**—Hotel de Roma.
- Imprenta.**—Sucesores de Bergalí, Amor de Dios, 33.
- Joyas.**—Casa Dalmás, Campana, 7.
- Muebles.**—Manuel Tejero, S. en C., Plaza de la Constitución, 5.
- Óptica, Fotografía, Material fotográfico.**—La mejor casa Cantos, O'Donnell, 18.
- Perfumes.**—Instituto Español.
- Pianos.**—Piazza Hermanos, Plaza de San Fernando, 5. Damas, Sierpes, 65.
- Seguros.**—La Unión y El Fénix Español, García de Vinuesa, 6.
- Taller de Estereotipia.**—José López.—Concepción, 3.

LEA USTED

todos los miércoles

La Semana Gráfica

Grandes informaciones

Los buenos comerciantes lo saben: ningún anuncio es tan eficaz como el que aparece en una revista ilustrada. Este anuncio es casi eterno, porque una revista nunca se rompe ni se tira. Cada anuncio que pongas en una revista equivale a un ciento de los que hagas por cualquier otro procedimiento. Pon tu anuncio en "La Semana Gráfica" y centuplicarás tus operaciones. - - -

Andalucía Automóvil

S. A.

Sucesores de García Junco Hnos

Cubiertas y Cámaras

para Automóviles

MARCAS

DUNLOP

FISK

MICHELIN

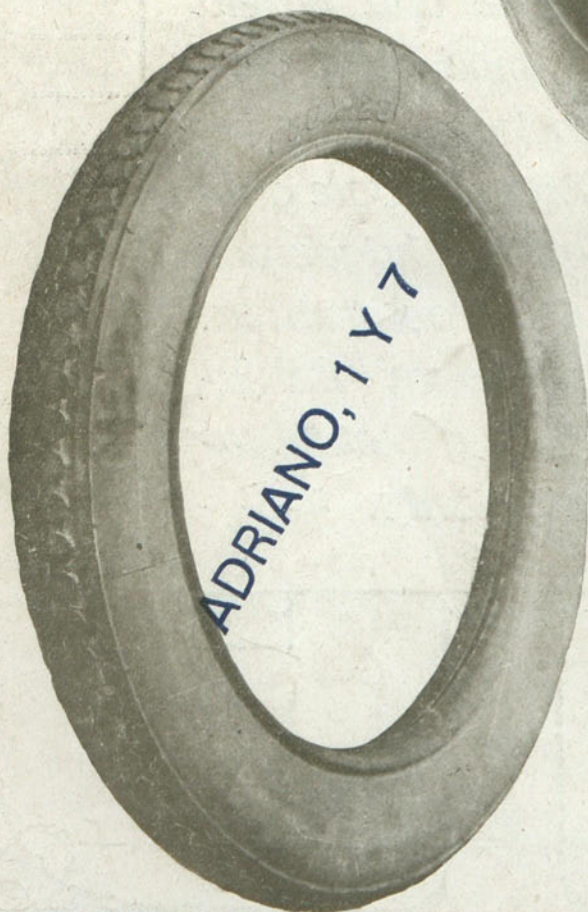


Bandajes macizos

DUNLOP

Prensa especial

para su colocación en el acto



PRECIOS

SIN COMPETENCIA